
La sociología rota. Dimensiones biográficas del arduo camino del compromiso militante a la sociología profesional en la postdictadura

Broken sociology. Biographical dimensions of the arduous path from militant commitment to professional sociology in the post-dictatorship

Carmen Gemita Oyarzo Vidal¹

Resumen | Este artículo presenta las reflexiones que surgen de la reelaboración de algunos hallazgos de investigación, obtenidos en un estudio ya finalizado sobre los procesos de reconversión social y política de la izquierda chilena en la postdictadura (Oyarzo, 2019; 2020, 2021, 2024)². A través del recuento de la trayectorias profesionales y laborales de un grupo de ex militantes de izquierda que estudiaron sociología antes y después de la dictadura (4 casos), el artículo reflexiona sobre la ruptura del campo disciplinario en Chile y sobre las dificultades de su reconstrucción durante la década de los 90.

El análisis de las trayectorias biográficas de sociólogos y sociólogas que interrumpieron sus carreras o que las cursaron sólo después de recuperada la democracia, permiten sostener que, si bien la reflexión académica de la disciplina sobrevivió el cierre de las escuelas de sociología y fue, de hecho, bastante fecunda en la década de los 80-, no ocurrió lo mismo con el campo profesional. Las dificultades que pasaron los profesionales de la sociología para ubicarse laboralmente, reflejan las derivas de un campo disciplinario que nunca ha terminado de conciliar su reflexión académica y política con su quehacer profesional.

Palabras clave | Izquierda chilena, procesos de reconversión, postdictadura, sociología, relatos biográficos.

Abstract | This article presents the reflections that arise from the reworking of some research findings, obtained in a study already completed on the processes of social and political reconversion of the Chilean left in the post-dictatorship (Oyarzo, 2019; 2020, 2021, 2024). Through the recounting of the professional and work trajectories of a group of former leftist activists who studied sociology before and after the dictatorship (4 cases), the article reflects on the rupture of the disciplinary field in Chile and on the difficulties of its reconstruction during the 90s.

1 Socióloga (Universidad de Concepción), Dra. en Estudios Americanos, Universidad de Santiago de Chile. Académica e investigadora de la Universidad Autónoma de Chile. Mail de contacto: carmen.oyarzo@uautonoma.cl

2 Proyecto Fondecyt de Postdoctorado N° 3170298: La vida después de la lucha: Transformaciones de la militancia política en el Chile post dictatorial (1990-2016).

The analysis of the biographical trajectories of sociologists who interrupted their careers or who pursued them only after democracy was recovered, allows us to maintain that, although the academic reflection of the discipline survived the closure of sociology schools and was, in fact, quite fruitful in the 80s, the same did not happen with the professional field. The difficulties that sociology professionals went through to find a job position reflect the drifts of a disciplinary field that has never finished reconciling its academic and political reflection with its professional work.

.

Keywords | Chilean left, reconversion processes, post-dictatorship, sociology, biographical stories.

Introducción

La investigación sobre las transformaciones identitarias de la izquierda chilena en la postdictadura y, sobre la cual, descansa la evidencia empírica presentada en este artículo, se aboca a la reconstrucción de los procesos de reconversión social y política de sus militantes y ex militantes, a partir de la observación de tres fenómenos empíricos relevantes: en primer, lugar, el estudio recoge la valoración de los aprendizajes de las experiencias de compromiso político de la lucha antidictatorial. Luego, reconstruye las trayectorias profesionales y laborales de distintos grupos de militantes durante la década de los 90, hasta la actualidad. Teniendo en cuenta la evidencia empírica de los numerosos estudios sobre las elites de la Concertación (Espinoza, 2010; Delamaza, 2013; Cuevas, 2015), esta descripción tiene el propósito de mostrar las diferencias en las inserciones laborales de los militantes que desvincularon de la vida política y partidaria de aquellos que, a pesar de haberse quedado en los partidos, no ocuparon cargos de poder e influencia dentro de sus organizaciones. En definitiva, se trata de un estudio que reconstruye las experiencias de los militantes intermedios y de base que no formaron parte de las elites de la Concertación.

En tercer lugar, el abordaje de las transformaciones de las vidas emocionales y las formas de elaboración de las experiencias de ruptura biográfica, tales como la prisión política, el exilio y duelo por razones políticas, permite profundizar en las consecuencias biográficas de la participación política en un periodo marcado por la violencia y la represión. También, permite abordar la importancia del reconocimiento político de estas experiencias de lucha para comprender el modo en que las vivencias de compromiso político se resignifican en el presente y pueden ser transferidas al resto de la sociedad.

El estudio muestra que, ante el descrédito de las formas de lucha insurreccional; al perder sus referentes colectivos y los vínculos con los grupos de pares significativos con los que pueden elaborar sus experiencias, los militantes y ex militantes viven el proceso de democratización con gran desconcierto y tristeza. La reconversión de militantes a individuos es dolorosa no sólo por las múltiples derrotas de las luchas de la izquierda³. Lo es, sobre todo, porque los militantes se quedan sin poder transmitir sus aprendizajes políticos. En medio de los cambios culturales impuestos por la modernización neoliberal en Chile, los ex militantes experimentan el sin sentido de sus experiencias de lucha, por las cuales, habían pagado altísimos costos personales y políticos.

En base a la discusión de esta evidencia empírica, el estudio ofrece una conceptualización de los procesos de transformación identitaria en la vida post movimiento. Así, la problematización sociológica de las dimensiones biográficas de la militancia y de las transformaciones de la participación política, está basada en la discusión de los aportes de la sociología de las emociones del compromiso político (Hochschild 1979; Whittier, 2001; Flam, 2005; 2014; Poma y Gravante, 2015; 2019; Gravante, 2020).

Dado que se trata de una investigación que ya tiene varias publicaciones y un libro que presenta sus resultados en extenso (Oyarzo, 2024), el propósito de este artículo es mostrar que, a partir del análisis de trayectorias profesionales y laborales de los ex

3 En el periodo 1973-1990 la izquierda chilena vive tres grandes derrotas: la primera, es la derrota de la Unidad Popular y la tragedia del golpe de Estado. La segunda, es el fracaso político de la salida insurreccional y la tercera, es la caída del socialismo.

militantes, es posible problematizar algunas de las tensiones de la reconstrucción del campo disciplinario de la sociología, sobre todo, en la década de los 90 y principios del 2000.

Al repasar las trayectorias laborales y profesionales de este grupo de exmilitantes (30 casos), uno de los hallazgos más importantes que arrojó el estudio es la opción de los ex militantes por las carreras de las ciencias sociales. Fue así como, junto con sobreponerse del desencanto del fin del militatismo, a la caída del campo socialista y a la pérdida de sus referentes colectivos de pertenencia tras el desplome de las organizaciones de base que le dieron sustento a la movilización antidictatorial, militantes y ex militantes tuvieron que enfrentar las dificultades de reconvertirse profesionalmente en carreras de las ciencias sociales que estaban en pleno proceso de reconstrucción en la década de los 90.

De ahí que sea necesario repasar brevemente qué pasó con la reflexión sociológica durante la dictadura y, especialmente, cómo vivieron este proceso de reconstrucción disciplinaria, los profesionales que venían del mundo de la militancia de izquierda y que se reconvirtieron a la vida profesional en la postdictadura. Así, este artículo revisa la dimensión biográfica de esta ruptura disciplinaria, a través del recuento de procesos de exclusión social y política que vivieron los profesionales de la sociología que, como consecuencia de la prisión política y/o la clandestinidad no pudieron ejercer sus profesiones. El texto muestra también las dificultades de inserción profesional de los sociólogos que intentaban abrirse camino en un contexto adverso para el desarrollo de las ciencias sociales.

Para exponer esta reflexión de manera ordenada, el artículo se divide en 4 apartados: el primer apartado, denominado *Discusiones teóricas centrales* inicia la reflexión sobre el Chile de la postdictadura, reconociendo el aporte de la obra de Tomás Moulian en el proceso de refundación de la disciplina. Su crítica a la transición modelo plasmada en el libro *Chile Actual. Anatomía de un mito* (1997) inicia la discusión sobre el *malestar de la sociedad chilena* y se erige como un discurso que, a pesar de su pesimismo, va a contracorriente de las influencias postmodernas que marcaron la reflexión sociológica de fines de los 90.

Luego, el apartado ofrece una síntesis de la discusión sobre los movimientos sociales en Chile como un correlato del desencanto que marcó la reflexión sociológica de fines de los 90. Para finalizar la discusión teórica, el artículo presenta los conceptos centrales de la sociología de las emociones del compromiso político para comprender los procesos de transformación identitaria.

El apartado metodológico explica brevemente cómo se llevó adelante la investigación biográfica y los criterios de selección y análisis de casos. La presentación de hallazgos está basada en la discusión de 4 casos que reflejan los procesos de inclusión y exclusión que vivieron los profesionales de la sociología en este periodo tan importante de transformación de las formas de participación política y, en medio de la refundación de una disciplina que emprendía su regreso a la academia y al ejercicio de la profesión.

1. Discusiones teóricas centrales

1.1. De la transición sin movimientos sociales a la tesis del malestar subjetivo

Como ya hemos señalado en la introducción, la publicación del texto *Chile Actual. Anatomía de un mito* (Moulian, 1997) inauguró el diagnóstico sobre el malestar en la sociedad chilena. Dicho diagnóstico, refrendado después por el recordado Informe del PNUD (1998) es, hasta los días de hoy, una de las tesis más influyentes de la sociología política para explicar la profunda crisis de representación y legitimidad por la que atraviesa nuestro país en la actualidad y que no parece tener una solución política viable luego del fracaso del proceso constituyente en 2022 y 2023 (Araujo, 2019; PNUD, 2019).

Además de iniciar una línea de reflexión crítica muy influyente en la interpretación del caso chileno de fines de los 90, creemos que la publicación del libro de Moulian marcó un punto de inflexión para sociología política chilena en dos sentidos diferentes: por una parte, la obra representó el renacimiento público de una disciplina científica que había sido crucial en el desarrollo de nuestras ciencias sociales de las décadas del 60 y 70 y, cuyos avances teóricos y empíricos quedaron truncados tras 17 años de dictadura. A fines de la década de los 90, la Sociología vivía, además, un difícil proceso de “retorno” a las universidades del Consejo de Rectores, especialmente, en las regiones⁴.

En medio de este arduo proceso de re institucionalización disciplinaria, *Chile Actual* es una obra señera no sólo por la centralidad de su análisis sobre la sociedad chilena de la post dictadura. Es importante también porque, aunque no fuera el propósito original de su autor, el libro se convirtió en una suerte de manifiesto sociológico que, con vehemencia, locuacidad y una calidad académica indiscutible-, confronta el balance autocomplaciente que difundían los intelectuales del establishment concertacionista (Tironi, 1999). Aquella fue la primera vez que un intelectual destacado de la sociología alzaba la voz para cuestionar abiertamente el modelo chileno y una transición democrática, hasta entonces, celebrada como ejemplar (Drake y Jacsic, 1999).

Aunque Moulian hizo un duro balance de la extrema ideologización de los partidos de la Unidad Popular (Moulian, 1998) y fue una voz clave de la crítica a los socialismos reales y de la renovación socialista, a fines de los años 90, no está para nada convencido de las bondades del neoliberalismo. Sencillamente, no le acomoda la tesis de la transición “modelo”, promovida por los sectores más optimistas de la Concertación y que, en ese entonces, se mostraban muy satisfechos con la manera en que Chile había recuperado su democracia.

Sin embargo, es importante observar que, en paralelo a la autocomplacencia de las elites políticas que llevaron adelante la transición, los años 90 son también un periodo de desencanto y pesimismo. Tras la caída de la cortina de hierro (1989-1991) y la consolidación de las economías transnacionales, a fines de la década, algunos sociólogos se

4 La carrera de sociología se abrió por primera vez en la Universidad Arturo Prat de Iquique y en la Universidad de La Frontera de Temuco, en el año 1991. La Universidad de Concepción, en cambio, reabrió la carrera de sociología que había permanecido cerrada, en 1993. Aunque a partir de 1998, la carrera de sociología de la UDEC estuvo en el mismo edificio de Facultad de Ciencias sociales, el cual empezó a construirse en 1997 para unificar a todas las carreras de las ciencias sociales que estaban dispersas (Trabajo Social, Periodismo y Psicología), nunca recuperó su edificio original. Hasta 1973, la vieja escuela de Sociología funcionó en lo que hoy es la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la UDEC.

unieron a las voces postmodernas que anunciaron el fin de la historia. Es el caso de José Joaquín Brunner, quien, desde su alto cargo en la Secretaría General de Gobierno, declaró *el crepúsculo de la sociología* como la disciplina que había nacido para estudiar y problematizar las transformaciones sociales y económicas del capitalismo industrial y postindustrial.

En una comentada ponencia presentada en 1997, con ocasión de la conmemoración de los 40 años de la *Facultad Latinoamericana de Ciencias sociales* (FLACSO), el autor reduce el quehacer disciplinario a una narrativa pasada de moda que, despojada de la épica de la modernidad, ya no tenía mucho que decir al mundo. Junto con menoscabar la tradición marxista, el paradigma normativo, e incluso, la riquísima tradición micro-sociológica de la Escuela de Chicago, Brunner manda a los sociólogos a leer novelas, pues, a su juicio, la literatura de ficción describía mejor la realidad social de un mundo cambiante que la vieja sociología (Brunner, 1998).

Analizada desde hoy, podemos ver que la discusión que generó la lapidaria tesis de Brunner refleja que el problema no fue que los técnicos e intelectuales ligados la Concertación renegaran de su pasado teórico estructuralista o marxista como matriz explicativa de la realidad social. El problema fue que, en ese proceso, creyeron también que debían renunciar a la construcción de una disciplina crítica con el poder y con las formas de explotación que imponía la modernización neoliberal en el concierto del capitalismo globalizado.

Fue así como, en medio de la lucha de las escuelas de sociología por existir y consolidarse, la obra de Moulian y, sobre todo, su controversia con Brunner, marcó no sólo la resistencia de la disciplina a ser enterrada cuando estaba empezando a renacer. Definió también la voluntad de una generación de sociólogos de mantener una reflexión crítica sobre el modelo chileno en la formación de nuevos profesionales: un análisis sociológico que, en lo estructural, cuestionaba los supuestos logros macroeconómicos basados en el consumo y en el sobreendeudamiento de las familias. Que, en el plano político, desconfiada profundamente de los consensos conservadores que habían hecho posible la transición a la democracia bajo el mismo marco institucional de la dictadura, cuya Constitución autoritaria mantenía a los dos bloques en el poder. Y que, en su aproximación a la vida cotidiana, desmentía tajantemente la tesis de la alegría. *Chile, la alegría ya viene* no era sólo un slogan de campaña del plebiscito de 1988. Le había dado su contenido identitario a la Concertación de Partidos por la Democracia (1990-2012).

En un momento en que nadie se atrevía a decirlo en voz alta, el libro *Chile Actual* habló sin eufemismos de los problemas sociales que estaban ocultos tras la mascarada de una transición exitosa que las elites políticas celebraban. Habló de quienes, a pesar de la reducción de los índices de pobreza por ingresos y de las sorprendentes cifras de consumo y endeudamiento, se sentían igualmente inseguros y con mucho miedo de perder los pocos privilegios que habían logrado en el ciclo ascendente del crecimiento económico en un país que, a fines de la década de los 80, registraba cifras de pobreza de un 45% (Cepal, 1987; Martner, 2018).

A pesar de su profundo pesimismo, el trabajo de Moulian se convirtió en un texto insigne de crítica a la transición. Además de su enérgico reclamo en contra de la impunidad y de la desmemoria que posibilitaron la pervivencia del orden dictatorial (el blanqueo de Chile), el libro se convirtió en un clásico de la sociología local, porque mostró que los

miedos que la sociedad chilena había incubado en la dictadura no habían desaparecido. Sólo habían sido reemplazados por otros. El miedo a la represión había sido desplazado por la inseguridad de las condiciones de vida en su amplio sentido. Un diagnóstico de la realidad social que, a casi 30 años de la publicación de esta obra insoslayable, suena en el Chile de hoy demasiado familiar como para reducirlo a una simple “narrativa” ficcional.

Empero, pese a su influencia política e intelectual, es preciso declarar que la reflexión sociológica sobre el proceso chileno no había empezado con la publicación de *Chile Actual*. La tesis del *malestar de la sociedad chilena*, cuyos derechos de ciudadanía se reducían al crédito, no era otra cosa que la versión socioeconómica de un diagnóstico político escrito una década antes por Alain Touraine y el grupo de colaboradores que analizaron las luchas antidictatoriales (Touraine, 1987, Tironi, 1987 (b), Garretón, 1987; Dubet et.al, 2016; Oyarzo, 2018): el proceso de despolitización de la sociedad chilena que Moulian constata a fines de los 90, era, en realidad, heredero de la tesis de la transición *sin movimientos sociales*. Notamos que el diagnóstico de las transformaciones socioculturales impulsadas por la modernización neoliberal contaba también con una lectura homóloga en el análisis de la *acción colectiva* en Chile, incluso antes que este último término fuera utilizado convencionalmente por los estudiosos de los movimientos sociales.

A riesgo de hacer una síntesis muy apretada de una discusión que tuvo una importancia central en el diagnóstico de las movilizaciones sociales en Chile (Touraine, 1987; Tironi, 1987; Garretón, 1987; Touraine 1995; Dubet, et.al, 2016), digamos que la tesis de la *transición sin movimientos sociales* se basaba en dos supuestos que limitaron considerablemente la interpretación las posibilidades políticas de la acción colectiva en Chile durante toda la década de los 90 (Oyarzo, 2018, pp. 38-40):

1) La creencia de que los movimientos sociales se definían en torno a un conflicto político central que debía terminar con la dictadura. La discusión respecto a la *centralidad de los marginales* tenía, además, una fuerte influencia de la teoría de la modernización. Dicha teoría tendía a pensar el conflicto de los pobladores como una expresión residual de una modernización capitalista que había quedado inconclusa en América Latina.

2) La interpretación del contenido sacrificial de las luchas antidictatoriales (especialmente del movimiento de pobladores y del movimiento de Derechos Humanos) como una expresión pre política e inacabada de descontento político y económico y como la evidencia más irrefutable de la desarticulación de las luchas obreras y de la fragmentación de las identidades de clase. Dicha fragmentación era, juicio de los analistas, una consecuencia de la represión de la dictadura.

En base a estos dos supuestos centrales, podemos comprender por qué, al desaparecer el conflicto central y las identidades de clase de la observación empírica, Touraine se atrevió a afirmar el fin de los movimientos sociales en Chile. El cierre de las movilizaciones antidictatoriales y la clausura de los viejos movimientos sociales y, por lo tanto, de los conflictos de clase-, fue un diagnóstico que perduró durante toda la década de los 90: a la constatación de los dilemas y conflictos de la modernización neoliberal bajo el marco institucional de la dictadura, se sumaba la certeza del proceso de desmovilización de la sociedad chilena, el cual, parecía irreversible, precisamente, por la imposición

del individualismo y por las pautas de consumo basadas en el endeudamiento.

Dicho de manera más precisa: sin derechos laborales y, ante la glorificación de la ideología del esfuerzo individual, el *paraíso del consumidor* tenía una cara festiva y, otra, profundamente disciplinante. Junto con la atomización de los trabajadores gracias a las restricciones de la ley laboral heredada de la dictadura (1979), las personas sólo intentan sobrevivir a las rudas condiciones de precarización del empleo. Por otra parte, ante la ausencia de una democracia plena, los sujetos comunes sólo pueden ejercer sus derechos de ciudadanía a través del consumo. En semejantes condiciones políticas y estructurales, era simplemente imposible que resurgieran los conflictos de clase y, menos aún, que los grupos organizados se articularan en torno al reconocimiento de un conflicto político central. Ante, la pérdida de protagonismo de los conflictos de clase, los sociólogos de la década de los 90 tampoco tuvieron más remedio que declarar el fin de los movimientos sociales en Chile.

Pero lo cierto es que, en ese entonces, ni el mismo Alain Touraine ni los estudiosos chilenos formados en esta tradición e influidos por la vieja *teoría de la modernización*, estaban en condiciones de darse cuenta de que, a fines de la década de los 80, lo que se estaba produciendo en Chile era un proceso de diversificación y autonomización de demandas sociales de los actores políticos tradicionales. De ahí que interpretaran el cambio de ciclo de la acción colectiva como el fin de los movimientos, e incluso, como la desaparición de un objeto de estudio que había sido central para la sociología del conflicto.

Treinta años más tarde y, precisamente, en la reedición en español del libro *Pobladores, luchas sociales y democracia* (Dubet et.al., 2016), el cual sintetiza la investigación de Touraine a través del *método de intervención sociológica* (Touraine, 1986), Vicente Espinoza y Eduardo Valenzuela reparan en las falencias de ambos marcos analíticos y, también, en las limitaciones interpretativas que tuvieron los sociólogos en el contexto de la finalización de la dictadura. Espinoza, señala que, además del pesimismo que les invadió ante el fracaso político de las luchas antidictatoriales, el diagnóstico de los movimientos estaba influido por las urgencias de reestablecer el orden democrático. En este sentido, el autor es claro en advertir que la década de los 90 estaba inaugurando un cambio de ciclo de la acción colectiva, caracterizado por dicho proceso de autonomización de demandas, el cual el conflicto redistributivo perdió centralidad (Espinoza, 2016; Oyarzo, 2018).

De acuerdo a nuestra interpretación de las limitaciones del diagnóstico de las luchas antidictatoriales (Touraine, 1987; Tironi, 1987 (a), 1987 (b); Garretón 1987), en trabajos anteriores (Oyarzo, 2017; 2018; 2019; 2020; 2021, 2024) hemos sostenido que la crítica al contenido sacrificial de la lucha por los derechos humanos y al llamado *repliegue comunitario* del movimiento de pobladores estuvo basada en una interpretación muy restringida de la violencia política. Los expertos de la época entendieron la violencia sólo como una negación de la política y como la causa de la fragmentación de las identidades de clase.

Constatadas las restricciones del influyente paradigma toureniano y de la teoría de la modernización, es posible comprender los problemas interpretativos de la sociología de la época para reconocer que dichos contenidos sacrificiales y esas formas de organización comunitaria habían sido, en realidad, la clave para la rearticulación de la oposición política a la dictadura en torno a nuevas identidades colectivas. Estas nuevas identida-

des políticas ya no podían pensarse únicamente como producto de las contradicciones de clase, pues se trataba de nuevos conflictos sociales y, por lo tanto, de nuevos procesos de construcción de identidad. Se trataba de identidades colectivas complejas y fragmentarias, que podían surgir también como consecuencia de la violencia política, tal como ocurrió con el movimiento de derechos humanos y con la izquierda que apostó por la salida insurreccional a la dictadura.

Por otro lado, las *lógicas de acción comunitaria* habían sido vitales para el despliegue de la movilización antidictatorial, la cual, estuvo siempre mediada por los militantes que hacían los vínculos entre los partidos de la oposición y diversas bases sociales. En este sentido, es preciso destacar que, como consecuencia de la represión y de la clandestinidad, los militantes que se desplegaron en las diversas bases populares, incluidas las comunidades cristianas de base que sirvieron como soporte organizativo del trabajo territorial de los partidos, se desarrollaron con relativa autonomía de las decisiones de sus respectivas dirigencias (Oyarzo, 2018, p.179).

De acuerdo a la evidencia empírica recabada en las investigaciones ya referidas, es posible constatar que el proceso de autonomización de los movimientos de los partidos políticos tradicionales se produjo varios años antes de que los sociólogos lograran nombrar el fenómeno. Es recién a partir de la observación de las demandas de los movimientos estudiantil, indígena, ambientalista y feminista de fines de la década de los 90 que la sociología política comienza a hablar de proceso de autonomización de demandas, pero todavía constatando las dificultades de articulación de esta diversidad de luchas, en las cuales, ningún conflicto lograba sobresalir (Delamaza 1999; Espinoza, 1999).

Sostenemos entonces que, a partir de estos derroteros teóricos y políticos, es posible comprender la pervivencia de la tesis del *malestar subjetivo* y el origen de la línea argumental que ha definido los diagnósticos sobre el proceso político chileno:

Al problematizar el legado de la obra de Moulian (1997) para la sociología, podemos entender los matices que aporta el análisis de los actuales *procesos de individuación* de la sociedad chilena (Araujo, 2016; 2019) y el empeño de los sujetos comunes por administrar autónomamente sus vidas, aun cuando se trate de condiciones muy adversas.

Luego, la tesis de la *autonomización de la protesta social* (Somma y Bargsted, 2015) puede leerse como una actualización de los diagnósticos sobre los procesos de autonomía de los *nuevos movimientos sociales* de fines de la década de los 90, aunque con una importante salvedad empírica: el objeto de observación ya no son los movimientos sociales como si se tratara de un fenómeno en sí mismo. Lo que los analistas privilegian hoy es la observación de las expresiones de protesta, las cuales, pueden ser protagonizadas por sujetos individuales y no necesariamente por colectivos o grupos organizados (Aguilera y Espinoza, 2022; Pleyers 2018, Henríquez y Pleyers et.al, 2021).

De ahí que ambas tesis hayan sido las más difundidas a la hora de explicar el origen de las protestas disruptivas del 2019, los problemas que arrastra la fragmentación política y los desafíos que enfrentan las actuales luchas identitarias para avanzar en la construcción de proyectos colectivos comunes.

Notamos la dificultad endémica de los diagnósticos macro políticos para leer los procesos de politización que acompañan los procesos de movilización social, tanto en el pasado reciente como en los últimos cuatro años. El balance del legado político y cultural de los movimientos sociales en Chile se hace todavía más difícil de construir cuando los ciclos de protesta se leen en comparación a los ciclos electorales, los que, por supuesto, son incoherentes con las demandas de los movimientos que abogan por la restitución de derechos sociales, políticos y por la superación de la desigualdad. Los marcos teóricos nuevamente no hacen otra cosa que contribuir al desencantamiento del mundo. De ahí la importancia de estudiar un poco más de cerca las experiencias de compromiso político, a partir de la reconstrucción de las voces de sus propios protagonistas.

1.2. Los aportes de la sociología del militanismo y de las emociones del compromiso político para pensar la transformación identitaria.

Dicho de la manera más sencilla posible; sostenemos que la dificultad de la sociología política para leer los procesos de politización de los individuos que participan de los distintos ciclos de movilización se debe al nivel de generalidad de sus marcos teóricos. Los análisis de las grandes tendencias los ciclos de movilización y la pregunta por los procesos políticos, tiende a hacer desaparecer a los sujetos reales que comprometen su tiempo vital en diversas luchas colectivas.

Porque, incluso la teoría de la acción colectiva, que surgió como una respuesta a las limitaciones de la agenda clásica y, sobre todo, como una alternativa para resolver el problema que acarrea la pérdida de centralidad de los conflictos de clase en la era postindustrial (Martuccelli, 2019; Pleyers, 2019), es una teoría de rango medio que sigue pensando el legado de los movimientos sociales a partir de la observación de sus huellas institucionales y/o de su indisoluble relación con el Estado democrático (Mc Adam, et.al, 2005; Mc Adam y Tarrow, 2010). Concretamente, si los movimientos no tienen victorias legislativas o institucionales se vuelven irrelevantes para el ojo de los analistas.

Por otro lado, la centralidad en la construcción de redes organizativas tiende a obviar la importancia de las prácticas cotidianas que llevan a los sujetos a vincularse con otros para emprender tareas colectivas y para satisfacer las necesidades de la movilización (Jasper, 2012; 2013). En suma, la lucha colectiva es posible porque tiene sentido para actores reales, que construyen vínculos afectivos, entre ellos y con la movilización social misma. Estas formas de vinculación social no requieren de grandes estructuras organizativas. Ocurren, generalmente, en espacios concretos y cotidianos de interacción.

La reconstrucción de las experiencias de compromiso político de la lucha antidictatorial y, luego, el estudio de los procesos de reconversión política de los militantes de izquierda en la postdictadura, demuestran que los procesos de movilización social y, sobre todo, la interpretación de sus sentidos sociales y políticos no terminan cuando se cierran los ciclos ascendentes de protesta social. Las interpretaciones de las luchas políticas pueden ser reconstruidas muchos años después, así como sus sentidos éticos pueden ser también renegociados al calor de nuevos procesos de movilización social. El estudio de las transformaciones identitarias de los militantes, demuestran que los sentidos de la participación política se discuten siempre sobre las necesidades del presente y que nunca pueden darse por cerrados o superados (Oyarzo, 2024).

El estudio del proceso político chileno ha demostrado que la interpretación del legado de los movimientos y la reconstrucción de los aprendizajes políticos que los militantes y activistas adquieren mientras se hacen parte de la movilización es siempre un campo de disputa entre actores con distintos intereses, dentro de los que caben también los adversarios políticos.

En el caso de la movilización antidictatorial, la criminalización de la lucha insurreccional en los primeros años de la transición opacó la reconstrucción de sus sentidos éticos y políticos. Sin embargo, a más de treinta años de ocurridos los hechos y a propósito de las necesidades del presente, militantes y ex militantes pueden ser capaces de disputar el sentido colectivo de sus luchas silenciadas y, al mismo tiempo, construir otros nuevos, que surgen de la reelaboración de la experiencia política y como producto de la observación de un nuevo ciclo de movilización (2021-2021)⁵.

La comprensión de dichos procesos de reelaboración de los sentidos de la participación política, requieren del uso de marcos teóricos que ayuden a pensar el fenómeno de la transformación identitaria en la vida post movimiento y de manera independiente de las organizaciones políticas que le dieron sustento a la participación. Porque los sentidos colectivos del compromiso político tampoco mueren cuando los militantes se separan de las organizaciones y/o cuando éstas dejan de existir como consecuencia del cierre de ciclo de movilizaciones. El sentido social y colectivo de las experiencias de compromiso político está en permanente reelaboración.

Así, la *sociología militante* (Mc Adam, 1989; Pudal, 2011; Fillieule, 2015) y la sociología de las *emociones del compromiso político* (Hochschild 1979; Whittier, 2001; Flam, 2005; 2014; Poma y Gravante, 2015; 2019; Gravante, 2020) aportan un dispositivo conceptual útil para construir nuevas hipótesis interpretativas sobre la manera en que los actores restituyen el sentido colectivo de sus experiencias de lucha:

La teoría del militante ayuda a reflexionar sobre la importancia de las redes organizativas y de las relaciones sociales significativas que justifican la participación política. También, es útil para explicar el interés por reconstruir las trayectorias de los militantes intermedios, que son los que hacen los vínculos entre los partidos y las diversas bases sociales que participan de la movilización social.

La sociología de las emociones del compromiso político aporta, a su vez, otros cuatro conceptos complementarios que sirven para pensar los procesos de transformación identitaria: 1) trabajo emocional; 2) reglas de sentir; 3) régimen de emociones permitidas, 4) emociones del trauma y de resistencia.

Inspirados en la investigación de Arlie Hochschild (1979) sobre las emociones de las mujeres en el contexto laboral, Poma y Gravante (2015) definen el trabajo emocional como el proceso de dar sentido a las emociones en determinados contextos sociales y bajo ciertos esquemas de emociones permitidas. Este esquema de emociones permitidas es lo que Hochschild denominó *reglas de sentir*. A través de este concepto, la autora enfatiza el carácter cultural y, sobre todo, normativo de las emociones. En otras pala-

5 Con ocasión de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado, hemos podido constatar que el proceso puede ocurrir también en reversa. El empeño de la derecha chilena por restituir la tesis del golpe inevitable y la memoria de la salvación del caos marxista de los primeros años de la dictadura, demuestran que la interpretación de los procesos de movilización social no puede darse nunca por superada.

bras, las emociones se experimentan bajo determinadas condiciones sociales y culturales que las autorizan como emociones legítimas o ilegítimas en determinados contextos.

En este sentido, es necesario destacar que la literatura de las emociones asociadas al compromiso político resalta el carácter colectivo de la gestión emocional de los participantes de una movilización social. En el curso de la movilización, los participantes experimentan y gestionan diversas emociones: indignación, esperanza, alegría, solidaridad, las cuales van moldeando y calibrando en el proceso de relacionarse con sus aliados y adversarios.

La distinción propuesta por Nancy Whittier (2001) entre *emociones del trauma y emociones de resistencia*, sirve para explicarse los procesos de politización de las emociones conflictivas y que, aparentemente, generarían desmovilización, tales como el miedo, la tristeza o la culpa. Aunque originalmente, la distinción nació para explicarse el proceso que pasan las víctimas de abuso sexual, este par conceptual ha sido ampliamente utilizado en el análisis de diversas experiencias de activismo. La constatación de la dinámica existente entre emociones del trauma y emociones de resistencia, resulta especialmente adecuada para interpretar las experiencias políticas de los militantes de izquierda.

En base a estos aportes, esta investigación sobre los procesos de reconversión política de la izquierda chilena (Oyarzo, 2020; 2021; 2024), entiende la transformación identitaria como producto de las diversas formas de elaboración y problematización de las emociones relativas a la participación política. El *trabajo emocional* surge de la exploración, cuestionamiento y negociación de las reglas de sentir que les dan forma y contenido a los regímenes de emociones permitidas, mediante los cuales, se juzgan las experiencias de compromiso político.

El *régimen de emociones permitidas* es reconocible empíricamente en el discurso de los militantes al abordar la oposición entre la matriz heroica, propia de la cultura de la izquierda y el paradigma de la víctima de las violaciones a los derechos humanos, que dominó las narrativas sobre la violencia política que erigieron el discurso de la reconciliación nacional, promovido especialmente por los actores que protagonizaron la transición a la democracia. Es así como, al producirse en un nuevo contexto socio político de circulación de significados colectivos, la reconstrucción de las experiencias de compromiso político tiene lugar, a veces, en un punto intermedio de los dos polos de ambos paradigmas y, mayoritariamente, se produce fuera de los límites de ambas narrativas.

2. Metodología

Como ya hemos dicho, la discusión que ofrece este artículo retoma los hallazgos de una investigación ya finalizada sobre los procesos de reconversión social y política de la izquierda chilena en la postdictadura. Se trata de una investigación cualitativa basada en la reconstrucción de itinerarios biográficos y llevada a cabo en el marco de la ejecución de un Proyecto Fondecyt de Postdoctorado N° 3170298.

Entre los años 2017 y 2020, fueron recolectadas un total de 30 entrevistas biográficas con militantes que ocuparon cargos intermedios de responsabilidad política y/o militar durante la movilización antidictadura (Bertaux, 2005; Arfuch, 2010). El estudio

Sesión 1	Sesión 2
Síntesis de la militancia en dictadura	Trayectorias laborales y profesionales.
Aprendizajes y evaluaciones de la militancia.	Vida familiar y afectiva.
Desvinculación o pasaje a otros partidos	Miradas de Chile actual

Cuadro 1: síntesis de entrevistas biográficas

La decisión de optar por los militantes intermedios y de base, se justifica en la evidencia empírica de varios estudios sociológicos que muestran la importancia empírica de los militantes que hacen los vínculos entre distintos enclaves sociales en el desarrollo de una movilización social (Pirker, 2007; Ollier, 2009; Bosi, 2016). En el caso chileno, el papel de los militantes que ocuparon cargos intermedios de coordinación territorial y/ o de responsabilidad política y militar, es clave para comprender las formas de vinculación entre los partidos y los movimientos y las dinámicas de trabajo político de los militantes con diversas bases sociales.

Los trabajos de Pirker (2007) y Bosi (2016), que reconstruyen los procesos de reconversión de militantes que participaron de grupos político militares en El Salvador y en el Norte de Irlanda respectivamente, demuestran que la relación entre los procesos de reconversión y la conservación de los vínculos comunitarios forjados en fases ascendentes de la movilización, es una variable central para explicar el proceso de desarme de los grupos que apuestan por formas violentas de lucha. En definitiva, los procesos de reconversión que perduran en el tiempo son posibles por la creación de nuevos vínculos entre el Estado y los ex militantes en la vida post movimiento. En el caso chileno, la ausencia de una política de inserción comunitaria para los militantes que desvinculaban de los partidos y/o de grupos político militares, junto con la falta de políticas oportunas de reparación de la prisión política y la tortura explica gran parte de las desvinculaciones y, sobre todo, la sensación subjetiva de haber quedado excluidos social y generacionalmente del proceso de democratización.

2.1. Criterios básicos de selección de informantes

Los participantes de este estudio fueron reclutados en base a tres criterios básicos de selección:

- 1) Año de reclutamiento (décadas 1970-1980)
- 2) Género
- 3) Tipo de militancia:

a) Base; b) Cargos de coordinación territorial y zonal en distintas regiones; c) Miembros de grupos armados.

De un total de 30 entrevistas biográficas con militantes y exmilitantes de los partidos que pertenecieron al ex Movimiento Democrático Popular (MDP 1983-1987), 26 tienen título universitario. En este sentido, es preciso resaltar la predilección de los entrevistados por las carreras de las ciencias sociales: 6 entrevistados esta muestra son sociólogos.

Para ilustrar de mejor manera las dinámicas de inclusión y exclusión social que pasaron los profesionales de la sociología, este artículo repasa las trayectorias profesionales de 4 ex militantes: Cesar B. (FPMR) y Patricia (MIR) interrumpieron sus carreras como consecuencia de la dictadura. Juan Carlos (MIR) y Rodrigo (FPMR A)⁶, optaron por la sociología como segunda carrera durante la década de los 90. Debido a la prisión política entre 1990 y 1994, el caso de Rodrigo fue a quien más le costó rehacer su vida profesional y laboral.

Ahondaremos en los detalles de las distintas trayectorias profesionales en el apartado de análisis, las cuales fueron interpretadas en base a las siguientes categorías:

Estrategias de reconversión
Contradicciones prácticas de la desvinculación o pasaje a otros partidos
Lugar de llegada luego de la desvinculación/Partido receptor
Vínculos con miembros de la misma organización
Vínculos con miembros de otras organizaciones políticas del periodo dictatorial
Nuevas formas de vinculación política
Otras redes sociales y culturales
Opciones vocacionales
Hitos significativos de la trayectoria profesional
Número de trabajos del 90 a la fecha /Experiencias de desempleo
Descripción de trabajos/cargos públicos
Descripción de compromiso social/actividad partidaria a principios de los 90

Cuadro 2: Síntesis de criterios de análisis de trayectorias laborales

3. Discusión de casos: la dimensión biográfica de la ruptura disciplinaria ⁷

La tesis central que propone este artículo constata, por una parte, la ruptura del quehacer disciplinario como consecuencia del golpe de Estado y el cierre de varias escuelas de Sociología. Pero, además del retraso del debate sociológico que supuso la clausura de nuestras carreras durante casi 20 años, este artículo sostiene que estas rupturas disciplinarias se expresaron especialmente en las vidas de los militantes que estudiaban sociología, tanto entre quienes lo hicieron antes del golpe de Estado, como entre aquellos

⁶ La sigla refiere al Frente Patriótico Manuel Rodríguez Autónomo que surge después de la división en 1987.

⁷ Parte de los hallazgos que presenta este apartado están publicados en extenso en el libro: *La vida después de la lucha. Transformaciones identitarias de la izquierda chilena en la postdictadura*, el cual será publicado por LOM ediciones, durante el primer semestre de 2024.

que la escogieron como una segunda carrera durante la transición.

En este sentido, es preciso destacar que la gran mayoría de los militantes que conforman esta muestra y que tienen título profesional (26 casos) perdieron sus primeras carreras por razones de seguridad o por lo demandante que era el trabajo político en los años más intensos de la movilización antidictadura. La militancia resultaba sencillamente incompatible con los estudios universitarios y con el ejercicio de la profesión.

Así, el recuento de las trayectorias profesionales de Patricia, César B, Juan Carlos y Rodrigo sirven para mostrar el impacto de los quiebres biográficos de la militancia en un contexto de represión política. Sobre todo, el recuento de los desafíos que debieron enfrentar los militantes que vivieron periodos prolongados de clandestinidad y, por lo cual, pagaron grandes costos personales y profesionales, permiten problematizar cuan prolongadas fueron las consecuencias del compromiso político en estos casos:

Patricia tuvo que interrumpir sus estudios de Sociología a fines de la década de los 70 por razones de seguridad. Un compañero la delató ante las autoridades universitarias. Por orden del MIR (su grupo de pertenencia) tuvo que dejar la universidad. Luego, debido a su compromiso con la lucha insurreccional y tras el asesinato de su compañero, estuvo presa desde 1984 a 1985. Tras recomponer su vida económica como trabajadora independiente, terminó tardíamente su Licenciatura en Sociología en la Universidad de Chile, en el año 1991.

César B. había llegado a Inglaterra cuando todavía estaba en la escuela secundaria. Se graduó como sociólogo en la Universidad de Birmingham. Estaba ejerciendo su profesión en México, cuando decidió partir a Cuba y a Nicaragua para entrenarse como miliciano y poder luchar en contra de la dictadura en Chile. Por su participación en la *Operación Siglo XX*⁸ vivió clandestino por 18 años, por lo que nunca más pudo ejercer como sociólogo. Se dedicó a trabajar como traductor y ahora es funcionario del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL).

Rodrigo y Juan Carlos estudiaron sociología en la década de los 90. Juan Carlos entró a estudiar sociología una vez llegada la democracia. En los primeros años del ejercicio de la profesión, se insertó en un equipo social de salud mental. Rodrigo intentó estudiar la primera vez a fines de la década de los 80, pero no tuvo beca ni financiamiento. Por insistir en estrategias de lucha rupturistas, estuvo preso desde 1990 a 1994. Retomó sus estudios después del 2000, gracias a la beca Valech y después de pasar por un periodo de gran inestabilidad emocional y económica.

Patricia y Rodrigo, tenían sus antecedentes manchados por haber sido presos políticos. En esas condiciones, no tenían ninguna posibilidad de ser funcionarios públicos. Trataron de sobrevivir montando sus propios negocios. Patricia tiene un negocio de Corderería y Rodrigo se dedica a la banquetearía.

Cuando César B. hace el balance de las pérdidas de su militancia, lamenta no haber podido ejercer nunca más su profesión de sociólogo, la cual le apasionaba mucho:

8 Operación Siglo XX es el nombre que le da el Partido Comunista al intento de asesinato del tirano. Mientras la prensa llama nacional llama a este hito el atentado a Pinochet, en la jerga comunista, los militantes refieren a este evento como el intento de tiranicidio.

Llegué a México. Me acuerdo que hice un tiempo clases de inglés en unos institutos particulares hasta que encontré trabajo en el Ministerio, en la Subsecretaría de Vivienda de México y trabajé en uno de los mejores trabajos que yo he tenido, en verdad, desde luego, como sociólogo, que no he tenido muchos porque bueno, después vino un pequeño problema [se refiere a su clandestinidad por su participación en la Operación Siglo XX] (...) Era un programa de autosuficiencia de comunidades rurales y se empezaba por la vivienda. Entonces, la idea era que los campesinos se organizaran, autoconstruyeran sus viviendas y se agruparan porque eran campesinos que vivían súper dispersos y era imposible darles los servicios básicos si estaban, vivían a 5 kilómetros, a 6 kilómetros. Entonces, la idea era formar pequeñas comunidades que fueran por autoconstrucción (...)

Además de vivir en el anonimato, abandonar el ejercicio de su carrera profesional fue uno de los costos más altos de haber participado en la lucha antidictadura. En 1984 dejó su trabajo en un programa de viviendas rurales en México, para ir a entrenarse unos meses a Cuba. Luego viajó a Nicaragua para colaborar en la Revolución Sandinista:

Claro, ahí fue un curso mucho más avanzado de varios meses y después, al igual que los oficiales nuestros, por lo menos los nuestros [Refiriéndose al Partido Comunista y al FPMR], la idea era no sólo tener una formación académica, por así decirlo, sino que después todos nuestros oficiales pasaban necesariamente por Nicaragua a combatir en los batallones de lucha irregular contra las *Contra*⁹ [Refiriéndose a los ejércitos financiados por Estados Unidos que combatían a los insurgentes]. Así que yo hice ese curso como de 6 meses, más o menos y después partí a Nicaragua, a un batallón de lucha, se llamaban batallones de lucha irregular, los BLI como combatientes. Ahí nosotros éramos todos los chilenos que estábamos ahí éramos, íbamos a los batallones a asesorar a la oficialidad nicaragüense para combatir a los bandidos que atacaban ...

Aunque estas experiencias de militancia resulten difíciles de comprender en la actualidad, lo cierto es que César dejó la comodidad de su trabajo en el ministerio. Sin pensar demasiado en los costos, cambió la sociología profesional por la guerra civil, porque entendía que la formación militar era necesaria para derrocar a la dictadura en Chile. Y en ese rol de miliciano¹⁰, le tocó reclutar jóvenes nicaragüenses para el servicio militar. A continuación, narra algunos pasajes de sus vivencias más impactantes de la guerra:

Para ilustrarte lo que yo sentía de estar ahí (...): [Yo estaba] en la carpa del jefe del batallón, lleno de mapas y cuestiones y, de repente, traen a una pareja joven que debe haber tenido 17 años. [Eran] dos muchachos; un muchacho y una muchacha, campesinos, eran todos campesinos y me dicen: “permiso, capitán”, [me dice] el jefe del batallón. Mira, esta pareja quiere hablar con usted. Y ellos se presentaron (...). Habló el muchacho y dijo: “mira, nosotros estamos casados recién, a mis padres y a los padres de ella los mataron las *contras*, en no sé qué pueblo que atacaron y yo quiero, vengo a ofrecirme al batallón. Yo no he hecho el servicio militar, nunca me llamaron, pero queremos los dos ofrecernos” (...) [Enfatiza] ¡Eran dos cabros chicos! Yo decía ¡que injusta toda esta cuestión! Por eso me daba rabia.

Cuando Patricia reflexiona sobre las razones que tuvo para terminar su carrera de Sociología, no está segura si fue por vocación. Señala que fue más bien una decisión práctica. Además de que era más fácil terminar la carrera que ya había empezado, tenía la esperanza de poder trabajar como profesional. También, quería saldar una deuda que tenía consigo misma y con su madre. Su madre no había podido cursar estudios superiores,

9 En ese momento, el Ejército Sandinista de Liberación Nacional (ESLN) peleaba con las llamadas *Contras*, nombre de los ejércitos entrenados por Estados Unidos durante la administración Reagan para combatir a los sandinistas.

10 Es preciso aclarar que el entrenamiento como miliciano era diferente de quienes se enlistaron como oficiales en el Ejército Cubano o búlgaro. Los milicianos hacían un curso de formación militar, pero no eran oficiales profesionales. Hay un contingente de chilenos del *Frente Patriótico Manuel Rodríguez* que se formaron profesionalmente en Bulgaria y en la Escuela Militar Camilo Cienfuegos de Cuba. Es el caso de Raúl Pellegrin, conocido también como el comandante José Miguel y de otros oficiales del FPMR, como José Joaquín Valenzuela Levi, quien dirigió la Operación Siglo XX. Ambos fueron asesinados por los servicios de seguridad de la dictadura: Valenzuela Levi es asesinado en el marco de la Operación Albania (1987) y Pellegrin, muere a manos de Carabineros tras el ataque al retén de Los Queñes, en 1988.

por lo cual, el tema de la profesionalización de las mujeres era muy significativo en su núcleo familiar. Patricia no deseaba ser comerciante como su familia de origen libanés. Para ella era muy importante tener un título universitario. Sin embargo, debido a su historia, no tuvo más alternativa que abrirse paso en el rubro familiar:

No, en realidad, fui práctica. No sabía si era la carrera de mi vocación, nunca lo supe. En realidad, hubiera preferido estudiar Arte, pero hice un poco el deber ser de tener una posibilidad de trabajo, en fin. Pero, en realidad, las posibilidades de trabajo fueron por el lado de tener un negocio, ya que nuestros papeles de antecedentes estaban malos. Porque yo, si me pedían en alguna pega los papeles, salía procesada por Ley de control de armas ¡y no era nada un título muy honroso ese! Y en general, en los trabajos del Estado, que uno podía conseguir en el gobierno de la Concertación exigían esos papeles. Algunos compañeros presos políticos se insertaron, hicieron una movida y... pero eso fue, porque había gente que los ayudó dentro del aparato institucional.

Una vez más, su entrevista muestra la importancia de las redes de amigos en los pocos casos que lograron una inserción en el Estado y la falta de apoyos institucionales masivos para que las víctimas de prisión política y tortura pudieran terminar estudios o insertarse laboralmente a través de mecanismos institucionales. Su crítica a la falta de apoyos estatales a los ex presos políticos permite reflexionar nuevamente sobre la importancia de las políticas de reparación, las cuales, no solo fueron deficientes sino también tardías en el caso chileno. Las becas Valech (2006) llegaron con 30 años de desfase para las víctimas directas. Como muchos otros ex militantes y ex presos, Patricia pagó su carrera con sus propios ingresos, teniendo que conciliar sus tiempos de trabajo y de vida familiar.

Por todas estas razones, la entrevistada define su proceso de finalización de estudios como un gran triunfo personal. Para llegar a graduarse había tenido que pasar por una serie de dificultades que no eran sólo económicas. Había sobrevivido lo inimaginable y estaba embarazada de su segunda hija cuando terminó su carrera. Finalmente, estaba pagando una deuda consigo misma, una larga deuda que aún ocupa una parte de su memoria y que se transformó en un sueño recurrente:

No había una política de ayuda académica a los ex presos, ni a la gente que hubiera estudiado y hubiera tenido esos problemas ¡Bien como el ajo! [Refiriéndose al Estado]. Entonces, yo término mi carrera y la termino embarazada de la Manuela [su segunda hija] y logro egresar ¡Para mí fue un triunfo personal impresionante, porque me costó retomar el ritmo de estudio y, sobre todo, poder aprobar los ramos estadísticos que fueron mi pesadilla todo, siempre! Pero igual, a pesar de eso, yo he seguido soñando... tengo un sueño recurrente; que tengo unos ramos que boté y no los terminé y siempre soñé lo mismo, que tengo que ir a la secretaría de estudio a ver cómo lo hago, pero como que soy una estudiante eterna. ¡Siempre sueño la misma estupidez! (Patricia, ex militante del MIR)

De todos los casos que conforman esta muestra de entrevistados, Rodrigo es quien tuvo más dificultades para reconstruir su vida personal y laboral. De la militancia como estudiante secundario, pasó a las filas del FPMR y, después de la división, siguió ligado a la lucha radical. Con todo, ingresó por primera vez a estudiar a la Universidad Arcis en 1987, pero debido a la falta de recursos, abandonó ese primer intento en la universidad. Siguió a la militancia radical, ligado a orgánica del Ejército Guerrillero del Pueblo, hasta que cayó preso en 1990 por participar en diversos asaltos. Después de esta experiencia de cárcel más prolongada (1990-1994), al salir sólo quería vivir intensamente. Empezó su adicción al alcohol y a las drogas.

A pesar de la gran crisis existencial que vivía, intentó nuevamente volver a estudiar en la Universidad Arcis. Al salir de la cárcel, volvió a ingresar en el año 1995 con una beca

del Sindicato de Trabajadores de la casa de estudios. Sin embargo, después de un tiempo, la Rectoría se la quitó. Fue así como ante la falta de financiamiento y la imposibilidad de pagar las letras que había pactado, volvió a abandonar sus estudios universitarios. No lograba encontrar un trabajo estable y, ante su desadaptación, la relación con sus padres empezó a volverse conflictiva. Ya tenía 26 años y no lograba organizar su vida. Sus padres no comprendían la forma en que se había transformado su hijo después de pasar por la cárcel. Así describe los conflictos con sus padres:

Para mis padres fue complicado, complejo porque claro, les salió un cabro que iba para un camino y, de repente, le salió otro y venía saliendo de la cárcel y defendía a los delincuentes, entonces, para ellos era muy complicado porque no estaban acostumbrados a esto. Además, ya era grande, tenía 26 años.

Entrado el año 1996 y, en el marco de la segunda gran fuga carcelaria de los presos del Frente Autónomo, procesados por el asesinato del Senador Jaime Guzmán (1991), se recrudeció la persecución a los militantes que habían estado ligados a esta orgánica. Las policías vincularon a Rodrigo con la fuga y lo tenían constantemente vigilado. Para no caer preso nuevamente, se fue a vivir a Argentina a la casa de unos amigos. Ante la falta de inserción laboral, continuó vinculado en acciones ilegales. Vivió clandestino en Uruguay y Brasil, hasta que decidió volver a Chile en el año 2000. Así resume este período de su vida:

Salí de la cárcel y me volví un poquito loco. También estuve como muchos años entre el alcohol y las drogas y que no pude volver a estudiar y después, inmediatamente a los dos años después [de mi salida de la cárcel], el 96, [Refiriéndose a la segunda fuga de los presos del Frente Autónomo] salgo entre los 6 más buscados de Chile. De hecho, en un minuto, me pusieron hasta helicóptero los pacos, como que yo había estado ahí y me ponían en varios lugares que yo no había estado. ¡No tenía nada que ver! Y ahí estuve. Entré a la clandestinidad nuevamente, porque aparentemente me querían matar, que eso fue lo que a Tomás Moulián le dijo José Joaquín Brunner, que era, en ese tiempo, secretario general de gobierno y bueno, al final me sacaron del país. Había que salir del país y estuve un par de años fuera y luego volví porque no aguantaba vivir [solo]. Estaba solo, ya sin redes. Estaba súper complicado porque después te vas quedando solo con este tipo de cosas [Refiriéndose a las actividades ilegales].

A su regreso a Chile, decidió rehacer su vida de manera definitiva y se puso a trabajar como aprendiz de un chef peruano. Ese conocimiento gastronómico le permitió montar su propia empresa de banquetearía, oficio del cual todavía vive. Gracias a la beca Vালেch, retomó sus estudios universitarios en el año 2006. Se tituló de sociólogo en el año 2008 con distinción máxima.

El derrotero de Juan Carlos, por otro lado, muestra los intentos de algunos ex militantes de volver al trabajo comunitario por la vía profesional, pero sin ayudas estatales reales, ni políticas públicas necesariamente pensadas para el trabajo interdisciplinario entre diversos profesionales. Su incorporación en un equipo de salud comunitaria tuvo más que ver con el azar y con la voluntad de una profesional de la salud de armar un equipo psicosocial que pudiera abordar las diversas dimensiones de la salud mental, tema que estaba recién empezando a institucionalizarse en los servicios públicos de salud:

En la salud primaria [el desafío] era integrar la salud mental a la salud primaria, en ese tiempo [Refiriéndose a principios de los 90]. Entonces, se formaron los equipos que se llamaron psicosociales y en esos equipos psicosociales había psicólogos. Bueno, gente de la salud, por supuesto y, en alguna parte, se le ocurrió que era interesante poder meter a gente de la sociología y así yo entré a trabajar a la sexta región, al equipo central de salud mental.

Luego, profundiza en cuáles fueron las redes informales que lo llevaron, sin que se lo propusiera, al campo de la salud comunitaria:

Era una psiquiatra que armó un equipo de salud mental. Mira, te voy a contar cómo son las cosas, porque así de anecdóticas son. Su esposo había estudiado sociología el año '79 y no había terminado por el golpe [de Estado] (...). Entonces (...), yo lo conocí a él, que tenía una mueblería, me acuerdo. [Lo conocí] por intermedio de un amigo. Porque, empezamos a hablar del tema y me dice que en esas áreas tiene que meterse la sociología. [Recuerda la frase] "Yo he hablado harto con mi esposa" ¡Y yo no cachaba quién era su esposa! Y, después, él mismo me dice [reproduce la frase]: "¿sabís qué?, ella quiere entrevistarte". Me fui a la entrevista y hablamos de los temas que había que hacer y me contrataron, entre comillas, me contrataron porque fue... Empecé a trabajar. Trabajé ahí media jornada a honorarios.

Juan Carlos permaneció 5 años trabajando en el Servicio de Salud de la Región de O'Higgins, por lo que reconoce que fue uno de los primeros sociólogos en incorporarse a un equipo de salud en Chile. Admite que, en aquel entonces, el rol de los profesionales de las ciencias sociales generaba mucha resistencia en el mundo médico más tradicional, que no consideraba la importancia de las variables comunitarias en el diseño e implementación de planes de salud. Su historia refleja, en parte, el desconocimiento del campo profesional de los sociólogos, debido al escaso desarrollo que habían tenido las ciencias sociales en dictadura.

Su trayectoria sirve para ejemplificar que los años 90 fueron un periodo de abrirse un espacio profesional más allá de la reflexión académica, que sí había logrado madurar en la década de los 80. A pesar de todas las dificultades, la discusión académica de las ciencias sociales se desarrolló fuera de las universidades tradicionales que estaban intervenidas.

Pero, aun cuando existía la sensación de que estaba todo por construirse, lo cierto es que los espacios laborales para los profesionales de las ciencias sociales y, sobre todo, de los sociólogos eran bastante acotados. Eran las ONG'S, las consultoras y/o los servicios públicos que estuvieron dispuestos a incorporar profesiones no tradicionales a sus equipos. Sin embargo, tal como lo muestra la investigación de Gonzalo Delamaza (2013), el trabajo de las ONG'S que habían surgido de la solidaridad internacional con Chile no resistiría el proceso de institucionalización de la actividad política, el cual se caracterizó, además, por un *elitismo reforzado*¹¹.

Por más que lo intentaron, los profesionales de las ciencias sociales que no pertenecían a las elites de los partidos de la Concertación, no pudieron recomponer los lazos comunitarios que habían forjado en la dictadura. Además de las masivas desvinculaciones de las militantes que eran los que hacían los vínculos con distintos sectores sociales, los gobiernos democráticos no tuvieron ningún interés en conservar las organizaciones de base que sobrevivieron a la lucha antidictadura. Convertidos en grandes coaliciones electorales y pleno proceso de desideologización, apostaron por la desmovilización de los sectores populares. Prefirieron gobernar en una democracia de baja intensidad que garantizara la estabilidad de la coalición.

Los 4 casos que forman parte de esta presentación se eligen, porque muestran las distintas dimensiones biográficas de esta ruptura disciplinaria. Estas historias muestran el

11 Lo que el autor entiende por *elitismo reforzado* es la doble condición de elite que tuvieron los dirigentes de la Concertación que condujeron el proceso democrático: por clase y por el acceso a redes de poder de los partidos en el exilio. Los dirigentes de la Concertación que gobiernan en 1990, son los mismos que antes del golpe de Estado. Pero llegan a Chile habiendo acumulado un capital político y cultural que no tenían antes.

corte entre el trabajo político anterior al golpe de Estado y durante la dictadura y la carrera profesional. Los casos de Patricia y César, grafican las realidades de los sociólogos que interrumpieron sus carreras como consecuencia de la militancia y que, debido a su compromiso político se quedaron sin poder ejercer la profesión. Los casos de Juan Carlos y Rodrigo hablan de quienes empezaron a militar en los años más intensos de la lucha antidictadura y que, al abandonar las estructuras partidarias, tuvieron que abrirse paso profesional en los primeros años de democracia. Cuando se les pregunta por las razones para optar o terminar sus carreras, ninguno de los entrevistados refiere razones políticas.

En este sentido, es importante constatar que, en estos dos últimos casos, la elección de la sociología profesional es un punto de llegada que se explica por fracaso del proyecto político de la izquierda. Estas vivencias contrastan con los casos que estudiaron sociología en la década del 70. Los relatos de Patricia y César reflejan la existencia de un vínculo muy estrecho entre el compromiso político y el quehacer disciplinario, tanto así que hubo quienes estuvieron dispuestos a abandonar la profesión para luchar contra la dictadura. El compromiso militante era más importante que la carrera profesional.

Por otro lado, el contraste de casos demuestra la ausencia de soportes institucionales que tuvieron los ex militantes para poder rehacer sus vidas en la postdictadura. Las políticas de reparación para los sobrevivientes de prisión política y tortura llegaron con 30 años de desfase. De ahí que nuestro trabajo sostenga que los ex militantes vivieron procesos fallidos de inserción comunitaria. Afirmamos que, si los militantes hubieran tenido las condiciones institucionales para reconvertirse en un trabajo comunitario bien remunerado, lo hubieran hecho sin dudarlo. Pero ante la falta de apoyos institucionales, tuvieron que sobrevivir como trabajadores independientes. Incluso quienes consiguieron ejercer la profesión en el Estado, lo hicieron con contratos precarios y en condiciones muy adversas. Les costó muchos años insertarse laboralmente.

Respecto al compromiso militante, Juan Carlos y Rodrigo declaran su afinidad con el ideario político de la izquierda. Se identifican con las demandas de las movilizaciones sociales más recientes y apoyan diversas actividades culturales. Nunca retomaron la actividad política formal. César B. volvió a militar en el Partido Comunista en cuanto salió de la clandestinidad y recuperó su nombre real. Patricia tampoco volvió a militar, pero hoy es activista de derechos humanos. Ha tenido una participación muy importante en el reconocimiento del ex Cuartel Borgoño como sitio de memoria.

4. Comentarios finales

Después de repasar la dimensión biográfica de la ruptura disciplinaria y retomando los argumentos iniciales de este artículo, cabría preguntarse si realmente Brunner tuvo o no la razón el año 97, cuando afirmó que la Sociología había quedado despojada de la mística de la modernidad. El fin del compromiso político y el tránsito de la sociología militante a la sociología profesional parecen darle la razón a los postmodernos que tanta tribuna tuvieron en Chile a fines de la década de los 90.

Sin embargo, a pesar de toda la evidencia recabada sobre las dificultades y exclusiones que enfrentaron los profesionales de las ciencias sociales y, especialmente, los sociólogos que apostaron por la lucha insurreccional, la respuesta es no. Brunner no tuvo la

razón, ni antes ni ahora. Además de parcial, es importante advertir que su diagnóstico sobre el crepúsculo de la sociología se hace, precisamente, cuando las elites de la Concertación están en pleno proceso de consolidación de una concepción tecnocrática del ejercicio del poder en el Estado.

Digámoslo directamente: para los expertos de la ex Concertación fue mucho más fácil hacer política pública sin participación ciudadana, cuando no había un gremio fuerte y consolidado que les hiciera contrapeso disciplinario a sus diagnósticos de la realidad social. A fines de los 90, era mucho más sencillo y, muy útil también, matar a la sociología cuando estaba en pleno proceso de reinstitucionalización. Porque la formación de una masa crítica capaz de cuestionar la democracia de los acuerdos y los criterios de las elites de los partidos para definir verticalmente las políticas públicas, era un claro escollo para sostener la legitimidad de los acuerdos conservadores del modelo de transición que se instaló en Chile.

Es por eso que, más allá de las críticas que pueda suscitar el diagnóstico que ofrece *Chile actual. Anatomía de un mito* (1997), su valor estriba, precisamente, en su capacidad de aguar la fiesta democrática con una discusión teórica y empírica de calidad. No es casual que el texto de Moulian se haya convertido en un best seller y no los análisis de José Joaquín Brunner, Enrique Correa o de Eugenio Tironi, sólo por nombrar a los asesores más influyentes de la era de mayor poder de la Concertación de Partidos por la Democracia (1990-2012). Tampoco es casual que la *tesis del malestar subjetivo* siga siendo útil para explicar la conflictividad social en Chile y los procesos de desapego de los individuos de las instituciones políticas (PNUD, 2019; Araujo, 2016, 2019; Barozet, 2016; 2020)

Pese a todas las dificultades que enfrentó la disciplina en la década de los 90, no se trató del crepúsculo de la sociología, sino de una transformación disciplinaria que intentaba renacer y e institucionalizarse en las universidades donde había estado censurada o prohibida. El invaluable aporte de Alain Touraine a la Sociología chilena demuestra que la disciplina tampoco murió con el Golpe de Estado. Hubo quienes siguieron escribiendo y produciendo conocimiento en condiciones muy adversas, de censura y persecución política. A esa sociología comprometida con los derechos humanos todavía le importaba poco el factor de impacto de las revistas donde escribían.

Puede ser que sus diagnósticos de la movilización social antidictadura no hayan sido del todo certeros, debido a los límites de la agenda clásica de la teoría de movimientos sociales. Puede que les haya ganado el pesimismo, pero lograron levantar evidencia empírica muy rigurosa sobre de las luchas antidictatoriales. Otra cosa es que no tuvieran aún los marcos teóricos para observar con claridad el proceso de autonomización de demandas de los movimientos de los actores políticos tradicionales. Por lo demás, las discusiones teóricas están lejos de ser perfectas. A pesar de toda la investigación sociológica que existe hoy, es importante trabajar sobre la certeza de que nuestros conceptos siempre tienen límites. De ahí que sea tan importante discutirlos permanentemente, a la luz de nueva evidencia empírica.

Este artículo está hecho para mostrar algunas de las vivencias más significativas de los sociólogos que estuvieron en el medio de ambos procesos: para contar parte de la historia de los que forjaron sus vidas y sus carreras en medio de la transformación de la sociología militante a la sociología profesional. El abordaje de las consecuencias de la

represión política y de la clandestinidad en la vida de los militantes sirve para explicar las dificultades de la inserción laboral y, de paso, para comprender también la atenuación del compromiso político y del tono contestatario de todo el gremio. El proceso de profesionalización de la sociología requirió de la adopción de un lenguaje teórico y empírico neutro y despojado del sentido de urgencia que caracterizó a los profesionales de la década de los 70 y 80.

La marginación y la desvinculación de los militantes más comprometidos con la lucha antidictadura y la ausencia de los apoyos institucionales para continuar con el trabajo comunitario, despolitizó considerablemente el debate disciplinario. Si bien la refundación institucional de la sociología chilena fue muy notable, considerando la precariedad de recursos de las universidades y la falta de profesionales formados en teoría y metodología dentro de país, es necesario reconocer que este proceso sacrificó la producción de conocimiento que venía del trabajo político de los sociólogos y sociólogas que, en un momento histórico crucial de nuestra historia política, cambiaron la estadística y los métodos cualitativos por el trabajo de base o por la formación político militar.

Finalmente, la síntesis de estos 4 relatos se ofrece para mostrar que nuestro proceso de democratización no sólo excluyó las formas de lucha más radical. También, dejó fuera de la reflexión práctica de la Sociología que, por mucho tiempo, se mezcló con los grandes procesos de movilización social a través del trabajo político que hacían los profesionales que militaban en los partidos de izquierda. Con la exclusión del campo profesional de los militantes que sabían cómo hacer trabajo de base, la sociología perdió una praxis política que fue muy importante para su reflexión teórica sobre los procesos de cambio social. Al regresar definitivamente a las universidades, al mundo de las consultoras o al Estado, el oficio de sociólogo se redujo a producir buenas estadísticas o hacer terreno, de vez en cuando, y en tiempos muy acotados. Quizás por la pérdida de este vínculo político con los movimientos sociales, a la sociología académica actual todavía le cuesta tanto acertar en sus diagnósticos sobre los procesos de movilización social.

Y no se trata de esperar que la Sociología se vuelva militante como en la década de los 70 y 80. Bien sabemos que aquellas dinámicas de compromiso político son imposibles de reproducir en el contexto actual, marcado por la desafección y la desconfianza en los partidos políticos. Sin embargo, la pregunta que queda pendiente a 50 años del Golpe de Estado, y comprobados los intentos de la derecha por imponer de nuevo la tesis golpe inevitable, junto a una narrativa negacionista de las violaciones a los Derechos Humanos-, es si nuestra disciplina puede conformarse hoy con mantener su aparente neutralidad, en medio de tamaña crisis de legitimidad y constatando la preocupante deriva autoritaria que está tomando el país. La respuesta a esta última pregunta es un desafío colectivo que los sociólogos y sociólogas tenemos la obligación de promover.

Referencias

Aguilera C. y Espinoza, V. (2022). “Chile despertó”: los sentidos políticos en la Re-vuelta de Octubre. *Polis Revista Latinoamericana*, 21 (61), 10-31. doi: <http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2022-N61-1707>

Alvarez-Benavides, A. y Pleyers, G. (2019). La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales. *RES 28* (1), 141-149. ISSN: 1578-2824

Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados*. Santiago: LOM.

--- (2019). *Hilos Tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago: Universidad de Santiago.

Araujo, K., & Martuccelli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos. *Educação e Pesquisa*, 36, 77-91.

Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Barozet, E. (2016). Entre la urna, las redes sociales y la calle: las relaciones entre movimientos sociales y partidos políticos en el Chile democrático. En M. A. Garretón, *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI* (págs. 11-58). Santiago: LOM.

--- (2020). Del pueblo desigual y unido a la rotura del modelo: el rol de la desigualdad en el estallido del 18/O1. En G. De la Fuente, & D. Mlynarz, *El pueblo en movimiento. Del malestar al estallido* (págs. 87-110). Santiago: Catalonia.

Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra Ediciones.

Bosi, L. (2016). Social movements and interrelated effects. The process of social change in the post movements lives of provisional IRA volunteers. *Revista Internacional de Sociología*, 4(74), 1-12.

Brunner, J.J. (1998, 2019). Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas, *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 1 | 1998, Publicado el 14 marzo 2019. URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/31545>

Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (1987). *Una estimación de la magnitud de la pobreza en Chile*. División de estadísticas y proyecciones de la CEPAL. Santiago: Naciones Unidas.

Cuevas, H. (2015). Elites políticas y trayectorias políticas militantes. *Revista de Ciencia Política*, 35(2), 299-325.

Cuevas, H., Morales, M., Rojas, J., & Aubry, M. (2015). Los ministros de la Concertación de Partidos por la democracia en Chile. Un análisis de sus capitales político, social y cultural. *América Latina Hoy*(71), 121-150.

Delamaza, G. (2013). De la elite civil a la elite política. Reproducción del poder en contextos de democratización. *Polis. Revista Latinoamericana*, 12(36), 67-100.

Drake, P., & Jaksic, I. (1999). *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*. Santiago: Lom Ediciones.

Dubet, F., Tironi, E., Espinoza, V., & Valenzuela, E. (2016). *Pobladores. Luchas sociales y democracia en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Espinoza, V. (2010). Redes de poder y sociabilidad en la élite política chilena. Los parlamentarios de 1990-2005. *Polis*, 26(9), 251-286.

Fillieule, O. (2015). Propuestas para el análisis procesual del compromiso individual. *Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 2(9), 197-212.

Flam, H. (2005). Emotions maps. A research agenda. En H. y. Flam, *Emotions and Social Movements* (págs. 19-38). Londres y Nueva York: Routledge.

Flam, H. (2014). Micromobilization and emotions. En D. Della Porta, & M. Diani, *The oxford handbook of Social movements* (págs. 1-10). Oxford: Oxford Handbook.

Garcés, M., Milos, P., & Olguín, M. (1999). *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas de la segunda mitad del siglo XX*. Santiago: Lom Ediciones.

Gravante, T. (2020). Emociones y reglas del sentir como impactos culturales de los movimientos sociales. *Interdisciplina*, 22(8), 157-179.

Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure. *American Journal of Sociology*(85), 552-575.

Henríquez, C. y Pleyers, G. (2023). *Chile en movimiento*. Buenos Aires: CLACSO.

Jasper, J. (2013). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*(10), 48-68.

--- (2012). De la estructura a la acción. La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas. *Sociológica*(27), 7-48.

Martner, G. (2018). Mediciones alterativas de pobreza en Chile 1990-2015. *Economía y Sociedad*, 23(53), 127-138.

Martuccelli, D. (2019). Alain Touraine y la historia. *Lua Nova, São Paulo*, 106: 36-64

Mc Adam, D. (1989). The biographical consequences of the activism. *American Sociological Review*(54), 744-761.

Mc Adam, D., Mc Carthy, J., & Zald, M. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo Ediciones.

Mc Adam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.

Mc Adam, D., Tarrow, S. (2010). Ballots and Barricades: On the Reciprocal Relationship between Elections and Social Movements. *Perspectives on Politics* 8 (2), 529-542

Moulian, T. (1997). *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Lom Ediciones .

--- (1998). *Conversación interrumpida con Allende*. Santiago: Lom Ediciones.

Ollier, M. (2009). *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Oyarzo, C. G. (2017). Desafíos empíricos del uso de la perspectiva biográfica en el estudio de las transformaciones de la militancia anti dictatorial en Chile: Reflexiones teóricas y metodológicas para la enseñanza y aplicación de técnicas cualitativas de investigación. *Revista Paideia*(61), 35-56.

Oyarzo, C. G. (2018). *La vida entre contiendas: militancias y sentidos de la participación política en la lucha antidictatorial chilena*. Santiago: RIL Editores.

Oyarzo, C. G. (2019). Nuestras luchas de ayer: voces y narrativas generacionales sobre la derrota y los desafíos actuales de la izquierda chilena (1990-2018). *Revista Temas Sociológicos*(24), 229-265.

Oyarzo, C. G. (2020). La vida después de la lucha. Trayectorias laborales e historias emocionales de la izquierda chilena en la postdictadura. *Revista Austral de Ciencias sociales*(39), 7-29.

Oyarzo, C. G. (2021). Después de la derrota. Militancias, experiencias y emociones del compromiso político. Voces de la izquierda chilena a 50 años del triunfo de la Unidad Popular. En M. O. Pablo Seguel, *Izquierdas y poder popular en Chile 1970-1973*. Volumen I: Articulaciones conceptuales (págs. 177-234). Concepción: Escaparate.87-1992. *Revista Izquierdas*(27), 1-31.

Oyarzo, C. G. (2024). *La vida después de la lucha. Transformaciones identitarias de la izquierda chilena en la postdictadura*. Santiago: LOM [en prensa]

Pirker, K. (2007). La redefinición de lo posible. Guerra civil y procesos de paz en las biografías militantes de la izquierda salvadoreña. *Revista Centroamericana de Ciencias sociales*, 4(2), 3-29.

Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: Clacso.

Poma, A. (2019). Impacto y manejo emocional en la lucha contra represas. *Revista de Estudios Avanzados*(31), 4-20.

Poma, A., & Gravante, T. (2015). Las emociones como arena de la lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales. *Ciudadanía Activa*(4), 17-44.

Programa de Naciones Unidas para el desarrollo. (1998). *Informe de Desarrollo Humano 1998. Las Paradojas de La Modernización*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el desarrollo.

Programa de Naciones Unidas para el desarrollo. (2015). *Informe de Desarrollo Humano 2015. Los Tiempos de La Politización*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el desarrollo.

Programa de Naciones Unidas para el desarrollo. (2019). *Diez años de auditoría de la democracia: Antes del estallido*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el desarrollo.

Pudal, B. (2011). Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia. *Revista Sociológica*(25), 17-31.

Somma, N., & Bargsted, M. (2015). La autonomización de la protesta social en Chile. En J. C. Castillo, & C. Cox, *Socialización política y experiencia escolar: aportes para la formación ciudadana en Chile* (págs. 207-240). Santiago: Editorial del Centro de Estudios de Políticas Públicas y Prácticas de Educación. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Tironi, E. (agosto 1987a). Marginalidad, movimientos sociales y democracia. *Proposiciones* (14), 3-20.

——— (agosto 1987b). Pobladores e integración social. *Proposiciones* (14), 63-83.

——— (1999). *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*. Santiago: Grijalbo.

Touraine, A. (1986). Introducción al método de la intervención sociológica. *Estudios sociológicos* 4(11), 198-213.

——— (agosto 1987). Conclusiones. La centralidad de los marginales. *Proposiciones* (14), 213-223.

——— (1995). *Producción de la sociedad*. México: UNAM/IFAL.

Whittier, N. (2001). Emotional strategies: the collective reconstruction and display of oppositional emotions in the movement against child sexual abuse. En J. J. Goodwin, *Passionate politics* (págs. 233-251). Chicago and London : The University of Chicago Press.